

meter casi irrevocablemente á Francia, precisamente cuando el soberano, iluminado por la primera claridad de los sucesos, trataba quizás de moderar su marcha, de limitar sus sacrificios, de encontrar un punto de parada para su política. Todo el resto de la expedición reflejará la misma incoherencia: en París y en México aparecerá la verdad, pero incompleta, en fragmentos, alterada inmediatamente por todos los errores primitivos que sólo de un modo imperfecto habrán sido abandonados, y no se desvanecerá la última ilusión hasta tanto que no esté cerrado todo camino de retirada honrosa.

Forey no debía presenciar el desarrollo de la empresa mexicana y el grave despacho que acabamos de citar fué abierto por su sucesor; en efecto, á mediados de agosto el correo de Francia le había llevado á la vez una gran alegría y una tremenda decepción: la alegría era su ascenso á la dignidad de mariscal; la decepción era el término de su mando, puesto que se le invitaba á entregar la autoridad suprema al general Bazaine. En medio de los testimonios de la satisfacción oficial, en medio del brillo de la más alta distinción, pudo el nuevo general entrever una discreta censura y experimentó la sensación de haber caído en desgracia. En el fondo, el gobierno le reprochaba sus lentitudes delante de Puebla y lo caro que había pagado su triunfo, y al recompensar su victoria se ponía en duda su habilidad. Desde el punto de vista político, criticábanse muchos de sus decretos, inficionados, según decían, de espíritu reaccionario y más dignos de un conquistador que de un libertador. Forey, como Saligny, resistióse de pronto á partir, esperó una contraorden y aún permaneció algún tiempo entre las tropas, complaciéndose en el aparato fastuoso de un fundador de imperio; pero al fin, en virtud de nuevos despachos, salió de México el 1.º de octubre de 1863 y el 21 se embarcó en Veracruz.

Los hombres se gastaban de prisa en aquel país ardiente de México: á Jurién de la Graviere desautorizado, había sucedido Lorencez; á Lorencez caído en desgracia, había sucedido Forey; y ahora partía también Forey engrandecido más bien en dignidad que en fama. Y con los jefes militares desaparecía el jefe político, el Sr. de Saligny, más cruelmente herido que ninguno de aquellos á quienes había acusado. El ejército vió partir al general sin gran sentimiento; juzgábase algo envejecido y poco apto para las fatigas de la guerra, y además

era hombre de maneras duras, y aunque excelente oficial, muy recto y muy íntegro, no había conquistado el prestigio que hace olvidar las rudezas. En cambio todo el mundo tenía puesto su pensamiento en Bazaine, y nunca general alguno inauguró su mando supremo despertando mayores esperanzas: delante de Puebla los soldados, descontentos de la lentitud de las operaciones, se habían complacido en poner de relieve sus talentos, su sangre fría y su valor, y el combate de San Lorenzo había hecho de él el favorito del ejército. Bazaine había observado estos síntomas y no había omitido nada para avivarlos; y así se le vió durante el sitio recorriendo las trincheras, conversando familiarmente con los oficiales inferiores, insinuando lo que debía haberse hecho y lo que no se hacía y conquistando de esta suerte una popularidad que había de elevarle al nivel de su jefe y muy pronto por encima de él. El nuevo general en jefe fué saludado con los testimonios de este favor; bien es verdad que tenía condiciones superficiales muy propias para causar ilusión, pues poseía una maña que podía tomarse como habilidad, una afición á la intriga que podía parecer espíritu político, y cierta vulgaridad de porte que podía estimarse como desdén de fausto ó como modestia. Sus amigos añadían que dominaba el idioma español, lo que había de hacerle muy apto, decían, para las negociaciones con los indígenas. Forey, en los intervalos de sus brusquedades, era algo solemne; Bazaine había de ser de trato afable; Forey mantenía celosamente, casi con exceso, todos los rigores de la antigua disciplina; Bazaine había de consentir que se relajaran un poco; Forey no se dejaba ver; Bazaine, por lo menos en los primeros tiempos, había de aparentar que vivía en medio de los soldados como hombre destinado á compartir sus peligros y á conducirlos á la victoria. Recuérdense aquellas páginas en que Salustio, describiendo la guerra de Yugurta, presenta al grave y severo Metelo suplantado por Mario, el popular, el activo, el bullicioso Mario, dispuesto á todas las intrigas y á todos los trabajos, y á los legionarios agolpándose en torno de su nuevo general, mientras su sucesor se embarcaba tristemente para Italia. Algo semejante se vió entonces en México, y en aquella ocasión hubiera podido aplicarse á Bazaine, á quien le estaba reservado un porvenir tan triste, el juicio que sobre Mario, á quien tantas victorias le estaban reservadas, emite Salustio: *Omnes spes et opes in illo site.*

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO

LA POLÍTICA INTERIOR Y LAS ELECCIONES DE 1863

- SUMARIO: I (*Extracto del texto de La Gorce*).—De cómo la política interior del imperio se complica al mismo tiempo que la política exterior.—Las consecuencias del decreto de 24 de noviembre é incertidumbre sobre el estado de cosas creado por el decreto.—El imperio y los católicos en 1861: lucha tan pronto sorda como abierta: incidentes diversos; procesos; polémicas; vigilancia ejercida por los funcionarios.—Cómo se acercan los católicos á los adversarios del imperio; síntomas diversos que marcan esta evolución.—De cómo el imperio distribuye sus rigores entre los católicos y los hombres de los *antiguos partidos*.—Diversiones á que apela: inauguración del bulevar Malesherbes; crédito de 25 millones para caminos vecinales.—Continuación de la lucha religiosa; incidentes; estrecha vigilancia ministerial; nombramiento de maestros de escuela; el obispo de Poitiers.
- II.—La Sociedad de San Vicente de Paúl: sus orígenes; su desarrollo; su espíritu.—Primeros síntomas de la malevolencia gubernamental y de qué manera es conjurada esta mala voluntad.—El Sr. de Persigny; gestiones en favor de la Sociedad amenazada; cargos acumulados contra la asociación.—Circular ministerial de 16 de octubre de 1861 y análisis de este documento.—Católicos y francmasones.—Tristeza é irritación de los católicos: á qué se reducen los cargos del gobierno imperial.—Combinación que surge: dificultades de los católicos: de cómo éstos se deciden á rechazar toda organización oficial.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—Dificultades que relegan al segundo término los disentimientos religiosos: principio de la crisis algodонера: apuros industriales: mala cosecha: brillo aparente y estrechez real.—Artículo de la *Revista de Ambos Mundos* y severidad administrativa de que es objeto.—Confesión del gobierno: consejo en las Tullerías: memoria de Fould; críticas en ella formuladas y remedios propuestos.—Fould ministro de Hacienda: impresión pública.—De cómo el emperador se apropia las miras de Fould.—Senadoconsulto de 31 de diciembre de 1861: carácter de la reforma; de cómo esta reforma misma está destinada á resultar estéril si no se modifican las tendencias generales de la política.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—Italia después de la muerte de Cavour: Ricasoli; sus impaciencias; sus despachos á Nigra.—De cómo la situación de la península justifica poco las ambiciones italianas.—Nombramiento del Sr. Benedetti para Turín y del Sr. de la Valette para Roma: proyecto de Ricasoli; de cómo es acogido en París.—Ministerio Rattazzi: proyecto francés sometido á la Curia romana y de cómo es rechazado.—Victor Manuel en Nápoles: Roma: canonización de los mártires japoneses.—Actitud de Francia.—Agitaciones revolucionarias en Italia: Garibaldi; cuestión de Aspromonte.—Despacho del general Durando.—De cómo Napoleón III, irritado y desalentado, se echa atrás: motivos y carácter de esta evolución.
- V (*Extracto del texto de La Gorce*).—Las elecciones próximas: 1857 y 1863; progreso de las ideas liberales en diez años. Los diferentes partidos.—El partido democrático; sus diversas fracciones: los abstencionistas ó radicales: los hombres de 1848: el grupo de los jóvenes.—El partido legitimista: cuál era, en vísperas de las elecciones, su principal apuro.—Los católicos: cómo y hasta qué punto estaban separados del imperio. El partido parlamentario ó liberal: en qué se confunde con el orleanismo: sus personalidades más salientes: su brillo y su impotencia: Prevost-Paradol.
- VI.—Quién es el hombre llamado á agrupar las fuerzas gubernamentales: el Sr. de Persigny: su carácter; sus tendencias: lo que se podía temer ó esperar de él.
- VII (*Extracto del texto de La Gorce*).—La lucha electoral: los demócratas y republicanos en París y en los departamentos; viaje de Garnier-Pagés: disentimientos y competencias: dificultades para la creación de un comité: lista de la oposición en el departamento del Sena.—Los legitimistas: la cuestión del juramento; candidatura de Berryer y de algunos amigos suyos.—Los católicos independientes; sus candidaturas; de cómo marchan hacia una oposición bastante acentuada; carta de los *Siete Obispos*.—Los liberales ó orleanistas: sus candidatos.
- VIII.—Circular del Sr. de Persigny (8 de mayo de 1863): en qué el lenguaje de Persigny difiere del de Morny: la candidatura oficial: fuerza que le proporcionan las leyes, el reparto de los distritos electorales y el concurso de los funcionarios públicos.—Algunos incidentes de la lucha electoral y algunos candidatos particularmente combatidos.
- IX (*Extracto del texto de La Gorce*).—Los resultados del escrutinio: triunfo de la oposición en París; su derrota en los departamentos: las enseñanzas de las elecciones: de cómo revelan una separación profunda entre el espíritu de las ciudades y el de los pueblos.—De cómo Persigny comenta las elecciones: su caída.—De cómo la nueva Cámara, aunque compuesta casi de los mismos elementos, no será la continuación de la antigua: Thiers: Berryer: de qué modo el gobierno procura asegurar su defensa ante el Cuerpo legislativo: decreto de 23 de junio de 1863; el ministro de Estado y sus colaboradores: Billault, ministro de Estado; su muerte.—Subida de Rouher al poder (18 de octubre de 1863).
- X.—Inauguración de la legislatura (5 de noviembre de 1863).—De cómo el espíritu de la nueva Cámara se revela en la discusión de las actas; incidentes diversos: los comisarios del gobierno: Thuillier.—Berryer; su intervención en materia financiera; Thiers: su discurso sobre las *libertades necesarias*.
- XI.—El año de 1864: discurso del emperador al cardenal de Bonnechose.—Complot contra la vida del emperador: Pasquale Greco y sus cómplices.—Diversas preocupaciones públicas: Renán y *La Vida de Jesús*.—Elecciones complementarias: Garnier-Pagés y Carnot elegidos; significación de esta elección.
- XII.—El decreto de 23 de junio de 1863 determina la elevación de Duruy al poder: carácter y tendencias de este hombre nuevo.—Su obra: la instrucción pública en sus diversos grados: procedimientos de Duruy; segunda enseñanza: enseñanza superior; instrucción primaria.—Informe sobre la instrucción primaria obligatoria; oposición que esta tesis promueve.—De cómo esta querrela es absorbida por otra mayor: Duruy y el clero: diversos incidentes de esta lucha.
- XIII (*Extracto del texto de La Gorce*).—*La ley de las coaliciones*.—Estado interior de la legislación: de cómo el antiguo estado de cosas se desacredita poco á poco.—El Sr. de Morny y Emilio Ollivier.—Presentación del proyecto de ley: el dictamen del señor Cornudet y cómo su resignada adhesión responde á los sentimientos del Cuerpo legislativo: miras diversas en la Comisión.—

Emilio Ollivier; de cómo es nombrado ponente; influencia de Morny; de qué modo Ollivier modifica la proposición primitiva.— La discusión pública: críticas de los conservadores; críticas procedentes de la izquierda.—Emilio Ollivier y sus colegas de la izquierda: cómo se consuma la escisión.—La votación: verdadero sentimiento del Cuerpo legislativo y de cómo lo expresa el señor Buffet.—La ley de las coaliciones es doblemente memorable desde el punto de vista económico y desde el punto de vista político.

I

Seguimos sin interrupción la extraña aventura que había de conducirnos á México. Por mucho interés que despertase la lejana empresa, la atención pública se hallaba puesta en otras cuestiones. Quiso el destino del segundo Imperio que todas las cosas se complicaran al mismo tiempo, en el interior como en el exterior.

La primera parte del reinado se desarrolló tranquila y silenciosamente, con ese aspecto regular de los Estados absolutos, donde todo emana del soberano y donde nada se anima sino á su voz. La política, muy sencilla entonces, se resumía en dos palabras: concentración de la autoridad en manos del emperador. Pero el monarca se cansó de la omnipotencia antes de que el pueblo se cansase de su sujeción. En noviembre de 1860 le plugo restablecer de improviso algunas de las formas que había abolido. La iniciativa imperial causó más sorpresa que gratitud. Visiblemente se llegaba á la decadencia del *Imperio autoritario*. Pero ¿había llegado la hora de saludar al *Imperio liberal*? Aún nadie se atrevía á pronunciar esta palabra por temor de una decepción. En el fondo la confusión era extraordinaria á causa de la obscuridad del presente y á causa de la obscuridad más grande todavía del porvenir. En su interpretación literal, el decreto de 24 de noviembre no se aplicaba sino al Cuerpo legislativo; pero ¿era posible que, viniendo la Cámara á ser más libre, continuaran rigiendo las mismas reglas restrictivas para el conjunto de las instituciones? En el *motu proprio* imperial, ¿había de verse un acto aislado, un pasajero capricho del poder soberano? ¿Era, por el contrario, el primer paso de una evolución que, realizándose por grados, renovarí la Constitución y las leyes? Apenas publicado, el decreto fué acompañado de toda clase de glosas que aumentaron las tinieblas en vez de disiparlas. De todas las condiciones la más incierta era la de los periodistas. A veces éstos simulaban creerse emancipados y arriesgaban algún paso fuera de la senda estrecha por la cual habían marchado hasta entonces; pero si algún rudo apercebimiento les traía á la realidad, se achicaban de nuevo y volvían humildemente al acostumbrado sendero, aunque con la esperanza de que aquella sujeción duraría poco, pues no podían figurarse que, habiendo recobrado los diputados el derecho de hablar, no hubiesen recobrado ellos igualmente el derecho de escribir. En ciertas ocasiones, la longanimidad del poder parecía autorizar sus esperanzas; entonces se emancipaban del todo y, con una mezcla de inquietud y de placer, se apartaban mucho de los límites tan severamente guardados tiempo atrás. Lo más singular es que el emperador parecía sumido en la misma obscuridad que el público. Si el país no sabía con certeza lo que había recibido, tampoco sabía el gobierno con exactitud lo que había dado. En las esferas oficiales la consigna era desdeñar el régimen parlamentario, «bueno para los ingleses,» y sin embargo, se reprochaba mucho el poder absoluto; no se cansaban de repetir que la Constitución era perfectible

y daban á entender que el soberano se había propuesto levantar un edificio tan imponente como sólido y que distaba mucho de ser coronado. El imperio, lejos de abolir las antiguas leyes, las tenía en suspenso sobre sus adversarios; pero, sin dejar de conservarlas como una amenaza, las dejaba caer en desuso y las desacreditaba con sus propias declaraciones: aspiraba á un porvenir nuevo, pero sin atreverse á romper ninguno de los lazos que lo unían á su origen; preconizaba la libertad, pero por boca de los mismos hombres que antes habían sido agentes de represión. El lenguaje de los servidores del príncipe aumentaba las incertidumbres. Lo que apenas sabía el emperador lo ignoraban del todo los agentes de su autoridad. La ambigüedad de miras tenía por consecuencia una ambigüedad igual en la conducta: de ahí el más extraordinario contraste de tolerancias sorprendentes y de bruscas severidades. Durante los años de 1861 y 1862, el país vivió de ese equívoco. El año 1863 había de ser el de la renovación de la Cámara. Las elecciones ¿se harían bajo los auspicios de la libertad ó bajo el imperio de las antiguas prácticas? Todos los espíritus observadores seguían atentamente aquella evolución extraña, llena de revueltas y nebulosidades, y aquellas variaciones de la política interior distraían á veces de las cosas exteriores, á pesar de presentarse ya tan alarmantes y enmarañadas.

El gobierno iba á intentar aquel primer ensayo de libertad en circunstancias muy extrañas. Durante nueve años, Napoleón había tenido á su lado á todos los hombres de orden. Esta unanimidad desarmaba toda oposición. Los partidos conservaban su plana mayor, pero los soldados habían desertado en masa al Imperio. Las cuestiones de Italia acababan de romper el pacto tácito que desde el principio del reinado había mantenido la unión entre los católicos y la dinastía. Inofensiva hasta entonces, la libre discusión podía engendrar en adelante, si no verdaderos peligros, serias dificultades al menos. Napoleón no hacía nada como los demás. Para levantar la consigna del silencio, eligió el momento en que el silencio hubiera podido serle más propicio. Por obcecación ó singularidad, por confianza en su prestigio ó fatiga del poder personal, adoptó la conducta que más podía regocijar á sus adversarios, y el día en que cometió sus primeras grandes faltas fué precisamente el día en que se proclamó discutible.

Aun considerando tan sólo los negocios interiores, las revoluciones italianas falsearon toda la política imperial. La noticia de Castelfidardo había llenado de indignación á todos los católicos. El tiempo amortiguó las cóleras, pero sin restablecer la armonía. De labios de altos funcionarios aún se oían palabras llenas de deferencia por la Iglesia, y ciertas arengas episcopales guardaban las huellas de la antigua adulación. La mayor parte de las veces, esos testimonios no eran más que vanas fórmulas repetidas por conveniencia ó rutina. El gobierno acusaba al clero de ingratitude, y el clero, por su parte, no estaba lejos de creerse traicionado. En algunos puntos hubo un brusco rompimiento entre el

prefecto y el obispo, haciendo causa común con el primero todos los agentes del poder, y siguiendo al segundo todos sus curas; y la sociedad toda, desde las clases más elevadas hasta las más humildes, quedó dividida en dos campos que se tenían mutuamente en entredicho, como aconteció en las diócesis de Orleans, de Nimes y particularmente de Poitiers. Tan agudas rivalidades no eran habituales: lo ordinario era, entre la autoridad civil y la religiosa, una desconfianza llena de sospechas, una cortesía llena de reserva, una perpetua vigilancia para descubrir ó denunciar toda extralimitación ó usurpación de poder. Ambas autoridades temían conceder demasiado, y ese temor transformaba los menores incidentes en querellas, y las menores querellas en conflictos. Una y otra negaban abrigar idea alguna de provocación, pero practicaban una especie de defensiva irritante y recelosa muy parecida á la agresión.

Esa pequeña guerra duró todo el año 1861. A consecuencia de las cuestiones italianas, desde el púlpito de algunos pueblos se lanzaron protestas vehementes, más propias de una tribuna que de la cátedra del Espíritu Santo. En una circular de tono muy áspero, el ministro de Gracia y Justicia, Sr. Delangle, invitó al clero á que respetase las leyes y recordó las disposiciones del código penal que reprimían los extravíos del púlpito (1). En tres ó cuatro departamentos fueron procesados varios curas, unos por sermones y otros por arengas pronunciadas en el acto de la distribución de premios. A falta de delito bastante caracterizado para provocar la acción de la justicia, los rigores administrativos castigaban sin ruido y discretamente los excesos de celo ó las imprudencias de lenguaje. «En mi diócesis, decía en el Senado (2) el cardenal Matthieu, hay eclesiásticos que no cobran sueldo desde hace cinco meses y medio, sin que yo haya podido saber los motivos de semejante medida.» Habiendo cambiado la orientación política, una de las grandes preocupaciones del ministerio de Cultos fué revocar todo lo que era favor. En el departamento del Norte, donde la densidad de la población hacía muy pesado el ministerio sacerdotal, la autoridad diocesana había adquirido la costumbre de agregarse curas belgas que ayudaban al clero de las parroquias: el gobierno, tomando por pretexto algunos abusos aislados, expulsó á dichos auxiliares á su país. La congregación de redentoristas en Douai y la de capuchinos en Hazebrouck fueron disueltas (3). La prensa antirreligiosa denunciaba ruidosamente ciertos actos de proselitismo que ocultaban, según ella, los más graves desórdenes: varias jóvenes israelitas habían sido sustraídas á sus familias, incomunicadas en conventos ó casas eclesiásticas, é inducidas, por dolo ó violencia moral, á abrazar la religión cristiana. En 1.º de marzo de 1861, el canónigo Mallet, procesado por sustracción de menor, fué condenado por la Audiencia del Norte á seis años de reclusión (4); de resultas del proceso, el convento de Douai, llamado de la *Santa Unión*, se vió retirar el beneficio de la autorización legal. Poco tiem-

po después se vió una causa igual ante la Audiencia de Puy-de-Dome, aunque esta vez el fallo fué absolutorio. Lo más curioso de estos tristes procesos fué la actitud del gobierno, que, en vez de abreviar el escándalo, como antes hacía, procuró, como en represalias, prolongar su ruido. Es más: poco tiempo después, una circular del ministro de Cultos (5) comentó, no sin cierta amargura, los últimos incidentes y pareció hacer recaer sobre el clero en general y sobre los establecimientos religiosos lo que no era más que el crimen de uno solo y la imprudencia de algunos. Varios prelados, y principalmente el obispo de Arras, protestaron enérgicamente contra la imputación. El ministro replicó, el obispo volvió á contestar, y el tono de esta polémica permitió medir lo que quedaba de la antigua alianza.

Entre los agentes del poder el desconcierto era grande. Se empezaba á notar las palabras, los pasos, las relaciones sobre todo, y la prudencia no fué jamás tan necesaria como después de haberse proclamado la libertad. Entonces se empezó á distinguir á los funcionarios *clericales* de los que no lo eran. La señal más visible de clericalismo para un funcionario era el confiar la educación de sus hijos al clero ó á las congregaciones, y no faltaron prefectos ó jefes de servicio que denunciaron en sus subordinados semejante independencia tenida por sospechosa. Justo es decir que Napoleón ignoraba casi siempre tales pequeñeces, y cuando alguien se las refería se apresuraba él á desaprobárselas. Sin embargo, su lenguaje y su conducta revelaban á veces una viva irritación contra los católicos. Exageraba mucho el alcance de sus servicios y les reprochaba el olvido de lo que él llamaba *sus bondades*. Bajo el imperio de su despecho, se le escapaban de vez en cuando palabras amargas, autorizaba procedimientos vejatorios y hasta practicaba por su cuenta aquellas investigaciones inquisitoriales que censuraba en sus agentes. Un día, encontrándose en Biarritz, supo que un coronel de caballería había violado la consigna que ponía en entredicho la morada de monseñor Pie, obispo de Poitiers. En seguida dió conocimiento de la infracción al ministro de la Guerra en estos términos: «Me entero de que el coronel X, al marchar de su regimiento, fué aparatadamente, á caballo y al frente de su cuerpo de oficiales, á casa del obispo. Merece una severa reprimenda (6).»

Todos los partidos experimentan á su vez la necesidad de la libertad; por esto lo más razonable es no proscribirla nunca. Víctimas del poder, los católicos admiraban cada vez menos aquel buen orden de 1852 que les había encantado. Los legitimistas, los orleanistas y los parlamentarios les abrieron sus cuadros. Los católicos al principio entraron tímidamente en ellos; después se animaron y ocuparon gran parte de las vacantes. Su evolución no se llevaba á efecto sin dificultades, sin indecisiones y sin vueltas. Voluntariamente ó no, se encontraban arrastrados muy lejos del imperio.

Por aquel entonces fueron autorizadas, aunque con mucha parsimonia, las primeras conferencias ó lecturas públicas imitadas de Inglaterra: los católicos formaron parte del auditorio y se les vió aplaudir las alusiones políticas en que se complacían la literatura y el periodismo de entonces.

(1) Circular de 8 de abril de 1861 (*Monitor*, año 1861, página 499).

(2) Sesión de 31 de mayo de 1861 (*Monitor*, 1861, pág. 783).

(3) Sobre estos incidentes véase Destombes, *Vie du cardinal Regnier*, tomo I, págs. 458-505.

(4) Véase *Gazette des Tribunaux*, 3 de marzo de 1861 y siguientes.

(5) *Monitor* de 1861, pág. 1807.

(6) *Mémoires du maréchal Randon*, tomo II, págs. 76-77.